



## REVISTA SEMANAL.

De esta revista se publican 48 números anuales.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

AÑO 2.º—NÚMERO 39.

DIRECTORA,  
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada.—1876.

## PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 45.

### SUMARIO:

**La Probidad**, por Don Rafael Luna.—**Á una niña**, poesía por Don Francisco Jimenez Campaña.—**Solo un Dios y solo un culto**, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**Recuerdos de la patria**, poesía por Don Matias Pastor y Garcia.—**El Devocionario**, (leyenda.)—**Variaciones**.

## LA PROBITAD.

Á mi estimado amigo el jóven poeta andaluz  
D. José Estéban Bravo.

El pobre es como la piedra  
que está en medio de la calle,  
que todo el mundo la pisa  
y no se mete con nadie.

(Copla oída cantar á un ciego).

Al oscurecer de uno de los primeros dias del pasado Diciembre, que por su destemplanza nos anunciaba ya el terrible invierno, completamente desconocido en nuestras latitudes, que hemos atravesado, hallábame en mi casa (cuarto tercero de la calle de la Flor), dispuesto á sentarme á comer, cuando, sin previo aviso, se coló en

mi habitacion un mi amigo, al que hacia lo menos dos meses que no echaba la vista encima, seguido de un *mozo de cordel*, que conducia sobre su agobiada espalda un pesado baul-mundo.

Mi amigo, expresion genuina de la imprevisión y el amor á los placeres ruidosos, y que pertenecia á esa clase de seres felices, para los que todos los dias parece salir el sol por primera vez, tales son los encantos que hallan en la vida, me dió las buenas noches con voz ligeramente emocionada.

Y como leyerá en mi mirada inquieta la indiscreta pregunta que ya se asomaba á mis labios, contúvola con otra suya expresiva, diciéndome al mismo tiempo:

—Dí á este buen hombre dónde ha de descargar mi mundo, pues ya tendrá deseo de soltarlo.

—Aquí mismo, si te conviene, le dije, señalándole un ángulo desocupado de la habitacion.

Dejó el mozo de cordel resbalar suavemente el mundo á lo largo de sus costillas, y una vez que lo sintió apoyado en el suelo, colocóle en su posición natural, desliando de él el manajo de cordeles con que se ayudaba para suspenderlo sobre su espalda, y que se echó al hombro, al mismo tiempo que, enderezando su hasta entonces



doblado talle, alzó la cabeza, quitándose cortésmente la gorra.

Yo le miré con ese sentimiento instintivo de admiración y curiosidad que nos inspiran esos seres que, perteneciendo á nuestra misma raza, gozan, gracias ó pese á su ruda existencia, de una poderosa musculatura, que jamás alcanzamos los que vivimos la vida del espíritu, es decir, los que empleamos nuestra existencia en el desarrollo de nuestra musculatura intelectual.

Era un hombre de hasta cuarenta años, de regular estatura, que aparecía un tanto rebajado por la anchura de sus hombros y la habitual inclinación de su espalda.

Vestia muy pobremente, y su rostro demacrado, pálidos labios y triste mirada, denunciaban en su existencia hondos pesares ó amargas privaciones.

Quizá su rudo y penoso trabajo no alcanzara á su subsistencia y la de su familia, y el hambre, con su horrible y espantoso séquito, le enseñaba á veces su siniestra faz.

Sin pronunciar una palabra quedó en pie al lado del bulto que había conducido, y metiendo mi amigo el índice y el pulgar de su mano derecha en el bolsillo de su chaleco, sacó un Alfonso XII, que puso en la callosa y ancha mano del mozo de cordel.

Una expresión de contrariedad y aguda pena se asomó al rudo y honrado semblante de aquel hombre, que con voz humilde y ronca dijo á mi amigo:

—No tengo cambio, señorito.

—Previendo éste el movimiento iniciado por mí de echar mano al bolsillo para sacar otras monedas de menos valor, dijo prontamente al mozo:

—Me has acompañado desde la calle del Pez á la del Barquillo; allí has subido á un cuarto piso, y has bajado de él ese pesado baul-mundo, trayéndolo hasta aquí y subiéndolo á este cuarto, y todos estos paseos y subidas y bajadas, bien valen veinte reales.

—¿Con que me dá usted el duro por mi trabajo? preguntó con emoción y gratitud el mozo.

—Sí; y creo que le has ganado, le contestó mi amigo, gozándose íntimamente en la gratitud y el contento que reflejaban las facciones del mozo de cordel, en cuyos ojos, habitualmente apagados é inexpresivos, asomaba una lágrima indiscreta, que pugnaba por rebosar sus párpados, ornados de negras y espesas pestañas.

—Muchas gracias y mucha salud, señorito, dijo con voz conmovida, y acercando instintivamente á sus labios, antes de ponerla en su bolsillo, la moneda que acababa de recibir. Y saliendo precipitadamente de la habitación, cual si le

urgiera ir á comunicar á otros su buena ventura, le sentimos bajar la escalera saltando de dos en dos los escalones.

Sentóse mi amigo á plomo sobre un sofá, y quitándose el sombrero y dejándome leer en su rostro agraciado y juvenil la íntima y dulce satisfacción de haber hecho una buena obra, principió á decir, como hablando consigo mismo, y sin que yo pensara en interrumpirle:

—¡La probidad! ¿Dónde existe la probidad? ¡la probidad no existe en la tierra!

Esto dicen, esto decimos todos los necios y presuntuosos que cometemos la tontería de ir á buscar las cosas donde no se hallan, y de estudiar las pasiones, vicios y virtudes de la humanidad en la escepcion y no en la regla, en el individuo y no en la generalidad, en la clase y no en el hombre.

Mi amigo, que como dejo dicho, era un buen muchacho, mas dispuesto á divertirse y hacer lucir sus ventajas físicas, que á quebrarse los cascos en especulaciones morales y científicas, que le consumirían inútilmente un tiempo que él sabía emplear muy bien, y una salud que le permitía gozar á carta cabal de todos los placeres mundanales, mi amigo jamás había pensado en filosofías, y yo, oyendo su incomprensible perorata, me estaba preguntando á mí mismo qué trastorno se habría obrado en su intelecto en aquellos dos meses que no nos habíamos visto.

—¡La probidad, siguió diciendo; esa virtud tan equívoca, tan nebulosa, en cuya falsa aureola procuran rodearse los hombres engañarse y deslumbrarse unos á otros; la probidad convertida en un *mito* por las modernas sociedades, existe íntegra, inmaculada, intachable, entre una clase de gentes á las que no concedemos el criterio bastante para comprenderla y que inconscientemente la practican!

Sin la probidad del cochero, del mandadero, del mozo de cordel, ¿qué sería del honor, de la vida, de los intereses, de la mayor parte de los habitantes de grandes poblaciones, que diariamente tienen aquellos entre sus manos, sin que se pueda contar ni una vez sola que hayan abusado de tal depósito? ¡Y á estos hombres se les paga su trabajo con una miserable peseta!

Interrumpió mi amigo su discurso filosófico-social, harto extraño en su boca, y mirándome entre risueño y confuso, me dijo:

—¿Á todo esto tú quedarás enterado de la causa que me ha movido á ocupar tu cuarto con mi baul-mundo?

—No, le contesté riendo; de esto no he comprendido nada; pero sí observo que tus ideas se han modificado mucho desde que no nos vemos,



y que habiendo vivido completamente alejado de todo principio político, filosófico ó social, principias sentando plaza en la vanguardia del progreso moderno.

—Estás en un error si eso crees, dijo sonriendo mi amigo; y ni mis ideas han podido modificarse, puesto que no tengo ninguna, ni he sentido plaza en esa vanguardia que no conozco, ni procuro conocer.

—Pues no me explico entonces....

—Escúchame y verás cómo el sentimiento influye mas en nuestras acciones, determinándolas inmediatamente, y arrastrándonos á obrar sin dejar tiempo á la deliberacion, que las ideas y principios mas arraigados.

(Concluirá).

Rafael Luna.

## À UNA NIÑA.

Ángel aquí bajado  
Del paraíso,  
Á esconderse en el cáliz  
De blanco lirio.  
¡Quieran los cielos  
Que la flor no marchiten  
Los crudos vientos!  
Á tus ojos divinos  
Radiante asoma,  
Apacible y serena  
Luz de tu gloria;  
Luz que cautiva  
Y á las almas eleva  
Á la otra vida.

No llores, niña hermosa  
Porque tu madre  
El dolor que tú sientes  
Do está no sabe.  
Y el triste llanto  
Al corazón de pena  
Lo está matando.

Tornas el llanto en risa....  
Por qué sonries?  
Es que adviertes el lloro  
De la infelice  
Y el negro duelo  
De tu madre así calmas?  
—Sigue riendo.

Ó es que la vida alegre  
Tu dulce alma  
Y se refleja el gozo  
En tus miradas,  
Y abre tus labios  
De preciosos corales?

—Torna á tu llanto.

Que la vida está llena  
De honda amargura,  
Mas honda que las aguas  
Que el cierzo enturbia.  
¡Ay! tus pesares  
Que siempre los entienda  
Tu buena madre!

Francisco Jimenez Campaña.

## SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO.

Novela de costumbres.

(Continuacion).

—Oh! murmuró el banquero; será destino mio llevar la desgracia á los seres que me son mas caros!

—¿Qué quiere V. decir?

—Que voy á confiar mi suerte en tus manos, y tú decidirás de mi porvenir.

—Pero ¿qué tiene que ver ese porvenir con mi amor á Ricardo?

—Que si tú no renuncias á ese cariño, soy perdido, hija mia.

Elena fijó en su padre una mirada llena de afán y de ansiedad.

En aquella mirada se trasparentaba la angustia suprema de su alma.

Renunciar á Ricardo era renunciar á la felicidad, á la esperanza, á la vida.

Y eso era lo que Héctor acababa de decirle.

No se engañaba, porque aquellas palabras resonaban en su corazón.

Ignoraba la causa; pero sentia los efectos, y miraba al banquero como pidiéndole una explicacion, y como queriendo adivinar la causa de su conducta.

Él, por su parte, guardaba silencio.

—Explíquese V., padre mio, murmuró al cabo la jóven; explíquese V., porque, ó yo he oído mal, ó me exige V. el sacrificio de mi dicha entera.

El banquero vaciló un instante, y despues preguntó á su hija:

—En las memorias de tu madre, ¿está consignado el pasado entero?

—Sí, señor; respondió Elena en voz baja.

—Todo?

—Todo! repitió la jóven con acento mas opaco aun.

El semblante de Héctor se cubrió de una sombría nube.



El horror de aquel pasado apareció en un instante á su vista, y tuvo vergüenza de sí mismo en presencia de aquella hija, casi niña, de quien acaso dependía en aquel momento su porvenir.

Su situación era embarazosa por demás: no encontraba una frase para continuar aquella conversacion, y aquel silencio era penoso.

Tuvo que decidirse y adoptar una resolución, y tomando la mano de la jóven

—Elena, la dijo con acento muy conmovido; Elena, no tengo derecho á tu cariño, bien lo sé; pero... dime, á pesar de todo, podrás amarme un poco?

Por vez primera la jóven se precipitó en los brazos de su padre, y con toda la efusion de su alma le estrechó contra su corazón.

Esta fué su sola respuesta.

—¡Gracias! exclamó con alegría Héctor; gracias, Elena.

—Á los hijos no nos toca juzgar á los padres: los hijos debemos solo amar y respetar al que en la tierra es para nosotros la santa imagen de Dios!

—No pretendo disculparme á tus ojos, no; pero ha habido mucha parte de fatalidad en mi destino.

—Oh! sí, mucha!

—Es preciso que sepas tambien el presente, ya que conoces el pasado, y puedas juzgar mi situación.

—Para qué? qué entiendo yo de los azares de la vida?

—Ay! es forzoso, óyeme pues: Cuando me separé de tu madre la vez postrera que nos hablamos, creí efectivamente que estaba muerta; creí que sin pensarlo la habia asesinado, y este pensamiento produjo en mí un terror indecible. Yo habia venido á Madrid con la madre de Fanni... con Alicia.

—Ah!

—Williams habia llevado á cabo nuestra union en Lóndres.... Él habia sabido obligarme á este casamiento: grandes deudas contraídas en mi nombre por un lado, el afán de oro y de goces por otro, el temor de una denuncia, la desaparicion de tu madre.... todo, todo contribuyó á resolverme, y él me allanó el camino facilitándome todos los medios. De acuerdo, pues, con él, obtuve la mano y la fortuna de Alicia, que creyó en mis promesas y que fué buena y noble para mí.

Lord Walton, su padre, murió en breve, y me hallé dueño de su inmenso caudal. Por entonces nació Fanni.

Williams empezó á imponerme su voluntad y á exigirme sacrificios inmensos, que amenaza-

ban convertir bien pronto en nada aquellas riquezas tan villanamente adquiridas.

Alguna vez, cansado de aquel yugo, queria sacudirle; pero él contaba siempre con mis secretos para obligarme á ceder.

Alicia debia ignorarlo todo; ¿qué hubiera sido de ella si algun dia hubiese llegado á saber la verdad?

Momentos hubo en que tuve intenciones de matar á aquel hombre, para librarme así de su odiosa tiranía; pero el recuerdo de Julio me espantaba, y detenía mi mano horrorizado ante un nuevo crimen y ante un nuevo remordimiento.

Yo no sé si fué él quien hizo concebir á Alicia algunas sospechas de mi pasado; pero aquella noble y digna criatura, incapaz de un engaño ni una bajeza, empezó á sentirse acometida de una tristeza inconcebible y de un malestar cruel. Y sin embargo, ni una palabra salía de sus labios, ni una pregunta, ni una queja. Solo manifestaba un deseo infinito de volver á España. Á aquel deseo, expresado un dia y otro con indecible afán, tuve que oponer algunas débiles razones en un principio. Ella calló, pero su melancolía se hizo mas profunda, su salud se alteró y como si todo hubiese conspirado en contra mia los médicos la ordenaron los aires puros y templados de España, asegurando que las distracciones y la animacion de un viaje la restablecerian completamente. No hubo ya medio de resistir; nada podia alegar en contra de aquel proyecto, y cedí, confiado en que Alicia, no separándose de mí, jamás podria tener noticia de mi antigua existencia, ni conocer á fondo mi historia.

Dejé á Fanni en un colegio, y emprendimos la marcha.

Alicia dulce, inocente y confiada antes, se habia tornado triste y sombría ahora. Sin embargo, yo me plegaba á todos sus caprichos, la complacia en todo por borrar de su mente hasta la sombra de una sospecha, porque yo la conocia bien; la idea de que yo la habia engañado, de que no era libre al unirme á ella, de que solo el pensamiento del interés y no el amor habia ligado nuestra suerte, la hubiera asesinado, hubiera matado su alma.

Llegamos, pues, á Madrid. Williams se quedó, entretanto, encargado de nuestros asuntos. En los primeros dias de nuestra residencia en la capital de España, Alicia salia conmigo todos los dias, y examinaba con afán el rostro y el aspecto de cuantas personas me saludaban, con una ansiedad mortal.

Yo habia hecho secretas gestiones por encon-



trarte á ti, por encontrar á tu madre. Desde que Fanni me habia hecho conocer el amor de padre te amaba tambien, aunque conociéndote apenas. Quería verte, quería asegurar tu suerte, ya que no teniéndote á mi lado, poniéndote en un colegio bajo mi inmediata inspeccion.

Un día, ya lo sabes, encontré á tu madre, y...

—Ya sé cuanto pasó, padre mio, dijo Elena tristemente.

—El espanto que produjo en mí aquella escena, me hizo volver pálido y aterrado al lado de Alicia, para manifestarla que debíamos partir inmediatamente.

Mi aspecto, mi turbacion debieron ser tales, que ella, sin replicar una palabra, se dispuso á seguirme, y no me preguntó la causa de aquella marcha inesperada.

(Continuará).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## RECUERDOS DE LA PATRIA.

Á MI QUERIDO AMIGO EL JÓVEN POETA,  
D. MATÍAS PASTOR Y GARCÍA.

Sobre la verde alfombra  
del Tórmes cristalino,  
cuyas corrientes límpidas  
murmuran sin cesar,  
triste y penando el alma,  
al viento un desterrado  
en cantos melancólicos  
confía su pesar.

Ausente de su patria  
cuyos recuerdos gratos  
hieren las fibras íntimas  
del pobre corazon,  
su canto triste entona  
que el viento en alas lleva;  
las hojas de los árboles  
repiten su cancion.

¡La patria! este es el tema  
que entona en sus cantares,  
el canto melancólico  
que eleva en su dolor.  
La patria donde un día  
vibró su lira amante,  
donde bebió su espíritu  
el néctar del amor.

Allí donde su cuna  
meció una madre santa  
que en alas de los ángeles  
al cielo fué á morar;

allí donde sus restos  
descansan olvidados  
sin que pueda una lágrima  
sobre ellos derramar.

Allí donde á la aurora  
su balbuciente lengua  
elevó, con los pájaros,  
su primera oracion;  
allí donde su infancia  
pasó en dulce ventura,  
sin penas que amargáranle  
su tierno corazon.

Hoy, lejos de la patria,  
minando su existencia  
con pensamientos lúgubres  
le va oculto pesar;  
sin almas que le entiendan,  
sin séres que le adoren,  
sin un amigo íntimo,  
sin nadie á quien amar.

Mas no, Dios es piadoso,  
y en medio á mi camino  
para enjugar mis lágrimas  
te ha colocado á tí.  
¡Tambien tú, desterrado  
de la region del Bétis,  
suspiras en tus cánticos  
y lloras junto á mí!

Ven, ven, amigo mio,  
y junto al Tórmes claro  
la patria ambos solícitos  
cantemos sin cesar.  
Ven, ven, juntos lloremos;  
tú cuéntame tus penas  
y yo te haré participe  
de mi oculto pesar.

Teodoro Rodriguez de la Torre.

Salamanca, 1876.

## EL DEVOCIONARIO.

(CONTINUACION).

»Esto fué lo que Mary me dijo; cuando dió fin á su triste relato, le referí por parte las inquietudes que ya me causaba mi libertad, y ví con un sentimiento de placer mezclado de pena, la ansiedad que se pintaba en sus facciones.

»Sentéme á su lado y comenzamos á forjar proyectos; al poco rato convinimos en que yo partiría para Lóndres, donde probablemente alcanzaria un buen éxito con la literatura á que



era aficionado, como lo habia alcanzado en el colegio, y que al fin, cuando hubiese reunido una decente cantidad, los cuatro partiriamos á Italia.

»Si, mi querida Mary, exclamé con entusiasmo; no pasará mucho tiempo sin que haga fortuna, y despues nos reuniremos para no separarnos jamás.

»Hablando de esta manera estreché sus manos contra las mias, y viendo que se enrojecia u semblante encantador, volví á experimentar una emocion desconocida. Mi tio entró en este momento, nos miró y su frente se cubrió de una alidez siniestra.

»Á pesar de todo fué aprobado mi proyecto, pues era el único que podia cambiar nuestra suerte. Á la mañana siguiente partí, y la despedida fué tierna y afectuosa; pero la esperanza estaba en el fondo de nuestros corazones. «Prono nos volveremos á ver,» decíamos para consolarnos, «y esperando pensaremos sin cesar en el placer de reunirnos para siempre.»

»Me encontré aislado en la capital, como lo habia estado diez años antes en mi colegio Vds. adivinarán sin duda lo que me sucedió. Los literatos á quienes fui recomendado, me recibieron con suma cortesía y no leyeron mis obras; los periódicos que desdeñaban insertar mis artículos, me ofrecieron una suscripcion en cambio de ellos, y poco á poco mis ilusiones se fueron desvaneciendo al extremo que, cuando mi tio me escribia que Mary estaba triste y que su madre se empeoraba, caí en un desaliento que ni aun me permitia trabajar.

»No pude resistir: quise volver á visitar mi querida cabaña, donde con tanta frecuencia habia experimentado momentos de alegría; partí á pié, y durante el camino no llevaba otra cosa en mi imaginacion que el extraordinario regocijo que iba á leer en los ojos de Mary; pero á medida que me adelantaba, mis pensamientos iban tomando una tintura melancólica, y un temor vago se apoderaba de mí. Desde lo alto de la colina, la casa me pareció mas sombría y mas silenciosa que de ordinario, y el corazon me latia al acercarme. Puse la mano en el cordon de la campanilla, y cuando la oí sonar, hubiera querido ahogar los sonidos, pues me veía atormentado por mil pensamientos funestos.

»Salió á abrirme Mary; la encontré pálida y delgada; al verme no pudo contener un grito de sorpresa; pero en seguida bajando la voz me hizo saber que su madre estaba gravemente enferma.

»Sin embargo, me anunció y entré sin hacer ruido. Mi tio estaba sentado á la cabecera de la

cama, y sin levantarse y mirándome apenas, me mandó sentar; solo la enferma parecia regocijarse con mi llegada; tendióme sus brazos, y cuando yo la estreché contra los mios, creí que tambien iba á perder á mi madre.

»Muchos dias y muchas noches permaneci á su lado ninguno de nosotros hablaba, pero los grandes y hermosos ojos de Mary, cuando dejaban de mirar á su madre, se dirigian á mi y los encontraba llenos de una afeccion inefable.

»En fin, el viejo doctor declaró que mi tia estaba ya fuera de peligro; sir William se lanzó á su cuello; Mary cubrió de lágrimas y besos una de sus manos, y yo estuve tentado de adorarle como á un Salvador.

»Mi tia con una voz débil mandó á Mary que le trajese su devocionario, y despues, volviéndose hácia donde estaba el médico.

—«Caballero Forster, le dijo, mis oraciones y las de mis hijos seguirán á V. por todas partes; ya sabe V. que no tenemos otra cosa que ofrecerle. Reciba V. este libro: era para mí un recuerdo de amistad; sírvale á V. tambien como recuerdo de una familia verdaderamente reconocida.

»El buen doctor recibió el devocionario que le entregó mi tia con su temblorosa mano; pero en el acento de su voz comprendió, que al dárselo hacia un grande sacrificio, de suerte que inclinandose un poco para ocultar su emocion, abrió el devocionario, tomó una tarjeta que señalaba una de sus páginas, y dijo á Mary:

—«Yo guardaré esto como una preciosa reliquia; en cuanto al libro, hija mia, consérvale V. cuidadosamente: V. encontrará en él palabras santas para dar gracias á Dios por haber mejorado á su madre, pues aun cuando yo soy el que la he asistido, es Dios quien la ha curado.

Despues que se apaciguaron los primeros arrebatos de alegría, comprendí lo crítico de la situacion de mis parientes. Para subvenir á los gastos de una enfermedad tan prolongada, habia mi tio empeñado su sueldo de retiro, y percibia una cantidad muy mezquina: el buen doctor suministraba los medicamentos; pero tambien era pobre y no pudo hacer mas, y nadie en la tierra se interesaba por ellos. ¡Oh! V. no pueden comprender, si no lo han experimentado, la rabia infernal que se apodera de nosotros cuando vemos sufrir á la persona que amamos.

»¡Ay! Yo era para ellos una carga muy pesada, y tuve que renunciar á la felicidad de verlos: no procuraron detenerme, pero me abrazaron como Jacob abrazaba al último de sus hijos.

»Mary me condujo á cierta distancia; aun no me habia hablado de mis asuntos, y tímida-



te me preguntó si seguía en mi propósito de hacer fortuna.... Yo no me determiné á hacerle saber toda la verdad.

—¡Ay! exclamó Mary; muy triste me quedé la primera vez que nos separamos, y sin embargo esperaba volverte á ver muy pronto: creía que con el tiempo seríamos felices; pero ahora, Arturo, no conservo ni aun la mas remota esperanza.

»Procuré tranquilizarla; pero á mi pesar, las palabras de confianza solo salían de mis labios y no de mi corazón, porque mis temores superaban á los de Mary.

»No obstante, cuando llegué á Londres me dieron una nueva muy favorable. Mi última obra habia tenido buen éxito, y mi editor me entregó una suma que me pareció un tesoro: me apresuré á enviar la mayor parte á mi prima, y acaso nunca he experimentado tanta alegría como cuando leí su carta en que me daba las gracias.

»Trabajé con ardor y entusiasmo, y no transcurrió mucho tiempo sin que me encontrase en la posibilidad de dirigir á Mary el producto íntegro de una obra nueva que acababa de escribir: mucho me afectó la respuesta de su padre, porque se mostraba de todo punto abatido y desalentado.

—»Hijo mío, repetía muchas veces; procura no casarte mientras no cuentes con una gran fortuna; yo tengo el corazón despedazado por las desgracias que me rodean. Si fuese solo sabría soportarlas ó morir.... ¡Pero mi mujer, mi hija! sin tí ya nos hubiéramos muerto de hambre. Dios te recompense, y que mi ejemplo aleje en tí la idea de casarte por amor!

»Mi tía se fué restableciendo lentamente; para no robar nada á mi trabajo, habia estado mucho tiempo sin pasar á verlos; hasta que recibí una carta que me hacia saber que el médico persistía en aconsejar á la enferma que pasase á España. Mi tía esperaba que el cambio de aires restablecería también á su esposo, cuya salud se hallaba recientemente alterada. Gracias á mí esta familia tenía lo necesario para emprender el viaje; y una vez en España, sir William presumía hallar algún medio de utilizar sus conocimientos.

»La lectura de esta carta me conmovió; mis ojos la recorrieron maquinalmente, y mil pensamientos confusos vagaban por mi cerebro, como si realmente tuviese calentura. Con todo, yo no podía creer que este proyecto se realizase, porque me parecia imposible que mi prima y yo pudiésemos vivir separados á tan larga distancia.

»Partí para pedir explicaciones, y al llegar encontré que ya se estaban haciendo los preparativos del viaje. Mary estaba pálida y silenciosa, pero parecia resignada, y yo no podía contenerme.

»Hablé á mi tío acerca de los inconvenientes del camino; del mal tiempo, de las malas posadas; pero él sin decirme nada me señaló el agua que destilaban las húmedas paredes de su morada: entonces yo me volví hacia mi tía, y su rostro me probó con la mayor evidencia, la imperiosa necesidad de partir. Pedí permiso para acompañarlos, pero bien pronto todos me hicieron ver lo absurdo de este proyecto, puesto que no éramos bastante ricos para poder pasar sin mi trabajo. Por último, reuniendo todo mi valor, declaré á sir William que amaba á Mary como él habia amado á su madre, y que no podia consentir en separarme de ella.

—»Tío mío, añadí, querido tío, antes de partir démelas V. por esposa.

»Aun no habia acabado de pronunciar estas palabras, cuando mi tío se levantó exclamando con una horrorosa exaltación:

—»Mejor quisiera verla muerta, y á tí también.

»Mary al escuchar esta atroz exclamación, se dejó caer de rodillas al lado de su madre, al paso que esta, lanzando un grito de espanto, se inclinaba y la estrechaba en sus brazos.

—»¡Cómo! continuó amargamente el inflexible marino, ¡pretendes seguir mis huellas! ¿No sabes que hace tres años que tengo aquí un gusano que continuamente me está royendo el corazón? ¿Quieres casarte con Mary para verla desgraciada? ¿Para ver hijos malditos que se mueren de hambre? ¿Quieres casarte con Mary que lleva la miseria por dote y por herencia....? ¡No, jamás, nunca! Si deseas volverme á ver, si temes mi maldición, no me hables mas de este casamiento, que solo podrá verificarse cuando yo haya dejado de existir.

»Yo estaba aterrado; salí de allí confuso y Mary me siguió.

—»¡Ay! me dijo: ya ves como la desgracia ha cambiado á mi padre; algunas veces no le conocemos! ¡era tan amable, tan cariñoso en otro tiempo!... Vuelve mañana, Arturo; pero no le hables de nada. Seamos dichosos ocho dias mas... Tal vez Dios se compadezca de nosotros.

»Seguí este consejo, y fui recibido por sir William al dia siguiente como si hubiese olvidado enteramente mi petición: en cuanto á mi tía siempre se mostraba afectuosa; y Mary.... el ruido de su leve pisada bastaba para embriagarme de alegría.



»¡Qué pronto trascurrieron los ocho días en el seno de una tranquilidad turbada solo por un recuerdo del porvenir! Durante este intervalo, de una felicidad mezclada de calma y de tristeza, escribí en la portada del devocionario de Mary los siguientes versos:

Bella y deliciosa flor, etc.

»Ya ve V., continuó, sir Arturo, dirigiéndose á mí despues de algunos instantes de silencio, cuántos pesares debieron recordarme los versos que V. recitaba; les ruego que me disimulen y presumo que no se mofarán Vds. de mi debilidad.»

—Nada de eso, respondimos á un tiempo; pero le agradeceríamos mucho que nos refriese lo que le ha ocurrido desde esa época.

—«Por espacio de algunos días más, viví al lado de mi prima y hacíamos lo posible por olvidar nuestros pesares: todas las tardes nos paseábamos para gozar el sol de la primavera; y mientras que sir William y su esposa se sentaban á la puerta de la cabaña, Mary y yo nos subíamos á lo mas alto de la colina, donde admirábamos juntos las bellezas del cielo, la blanca y bulliciosa espuma de la cascada, ó las flores que crecían entre las rocas: otras veces la recitaba versos; en ciertas ocasiones, ella me cantaba romances, y yo la escuchaba admirado. ¡Qué dulce, y qué suave era su voz! ¡Cómo se aumentaba nuestro amor con la calma y la magestad de la naturaleza! ¡Cuánto me gusta y me deleita recordar los sitios que recorriamos juntos y las promesas que mutuamente nos hacíamos! Cuando repito en mi memoria los romances que entonaba, no puedo menos que conmovirme, y frecuentemente mis ojos se llenan de lágrimas. Mientras mas prolongábamos nuestros solitarios paseos, mas sentimiento nos causaba nuestra próxima separación. «Mañana, decíamos todas las tardes cuando oscurecía, mañana vendremos mas pronto,» á fin de no perder uno solo de los momentos que aún podíamos disfrutar juntos.

(Continuará).

## VARIEDADES.

### UN EPISODIO DE LA ROMERÍA ESPAÑOLA.

(Continuación).

—¿Qué estás diciendo? ¿qué has de hacer más á Pio IX que verle, besarle el pié y hablarle? No creo que ningun peregrino del *Bourgogne* tenga ya más pretensiones... Calla.... ¿Querrás tal vez libertar al Papa del cautiverio en que le tienen?

—Esto, no lo sé, pero lo que voy á hacer en Roma es más que ver al Papa y que besarle el pié.

—Vamos, vas á visitar los sepulcros de los santos Apóstoles,

—Sí, señor; pero V. se queda todavía muy corto; más, más.

Habia en las palabras del niño tal acento de verdad que no podía dudar de ellas, sin que por otra parte pudiese atinar á que iba á Roma aquel hombrequito que por momentos excitaba más y más mi curiosidad.

—¿Vas á hacerte religioso? le dije por una de aquellas ocurrencias instantáneas, que se dicen antes que se piensan.

—¡Qué prisa tiene V., hombre! No voy á hacerme religioso; pero lo que voy á hacer me parece que es más que entrar en un convento.

—Pues entonces no sé lo que vas á hacer.

—¿No lo adivina V.?

—No, hijo, me doy por vencido.

—Pues, hasta mañana.

—¿Cómo? ¿no me lo dices?

—No, señor.

—Por Dios, hijo, que no voy á pegar el ojo en toda la noche.

—La deseo a V. muy buena.

—¡Joaquinito!...

No tuve contestación.

—¡Joaquinito!!! repetí en voz muy alta, casi gritando. El mismo silencio.

Buen negocio has hecho, me dije; pero, en fin, eres peregrino, y se te ha presentado una bellísima ocasión de mortificarte; sea todo por Dios.

Inútil es decir que mis nervios habían tomado cartas en el asunto. El camarote vecino era mi pesadilla; escuché varias veces, y la respiración pausada de mi jóven adlátere daba bien á conocer que estaba disfrutando de un rico sueño. Cuando me levanté, mi romerito había ya desaparecido.

El sol brillaba ya en el cielo, el mar formaba en dirección al astro del día una faja de perlas que el ojo no podía mirar; aparecían y desaparecían á millares con tanta rapidez que apenas se fijaban en la retina.

La brisa del mar, un cielo azul y despejado iban borrando de mi imaginación el recuerdo de la noche anterior, y la causa de mi poco gustosa vigilia.

El dignísimo Obispo de Vich celebró el santo sacrificio de la Misa; los peregrinos agrupados á la popa del buque se postraron reverentes ante aquel Señor que levantado en alto en manos del venerable Prelado, unía el cielo con la tierra con los lazos misteriosos de la fe, de la esperanza y de la caridad.

El mar y el cielo y el sol y todas las criaturas se regocijaban; me parecía ver oscilar en la frente de todos los romeros la sagrada llama de la más ardiente fe. Terminado el sacro-santo sacrificio entonó una voz robusta el himno del peregrino: *Firme la voz, y continuamos todos.... serena la mirada....* digo mal, yo no continué, porque resonó en mis oídos una voz atiplada que me hirió el tímpano, y llegó hasta el corazón.

(Concluirá.)

GRANADA:

IMPRENTA DE DON FRANCISCO REYES,  
calle Alta del Campillo, números 24 y 25.